

sus edificios nada tiene de particular: sin embargo, el todo de la plaza ofrece cierto aspecto de grandeza, que realza la vista, por el lado del sur, de la roca escarpada sobre que está edificada la ciudadela, y las de las murallas y sus torres, cubiertas de musgo y ennegrecidas por el tiempo que rodean aquella antigua fortaleza.

En aquel sitio se hacian aun las egecuciones hace unos veinte y cinco años. Una horca pintada de negro colocada en la estremidad oriental de aquella plaza, anunciaba al público el aciago día de una egecucion. Este instrumento de muerte era de una altura inmensa, y se hallaba rodeado de un catafalco, sobre el cual se apoyaban dos escaleras, una para el criminal, y otra para el egecutor. Este aparato fúnebre se preparaba antes de la aurora; pero con tal silencio y recato, que al verle por la mañana, no parecia sino que el infierno le habia vomitado sobre la tierra durante la noche. Yo me acuerdo aun del espanto con que mis compañeros y yo veíamos estos funestos preparativos, cuando pasabamos por Grassmarket para ir á la escuela. La noche siguiente á la egecucion la horca y el catafalco desaparecian;

y sus piezas dislocadas se volvian á colocar en el asilo obscuro y silencioso en donde estuvieron antes, que era en una de las cuevas ó subterráneos del edificio en donde residia el tribunal de justicia.

Hoy las egecuciones se hacen en Edimburgo del mismo modo que en Londres. La horca se coloca junto á la pared de la cárcel, y en frente de una ventana, por la que sale el delincuente con los dogales al cuello. El extremo de estos se halla atado á la horca, y á una señal se abre un escotillon bajo los pies del condenado, y éste queda suspendido en el aire, entregado á sus convulsiones mas ó menos largas, segun su vigor natural ó el peso de su cuerpo.

Los ingleses tienen este modo de ahorcar por menos inhumano; pero ¿es mas conforme con el objeto del castigo? Esta cuestion no parece tan fácil de resolver. Es verdad que los sufrimientos mentales del condenado son mas cortos; que no se ve precisado á atravesar una gran parte de la ciudad, cubierto con los vestidos de la muerte, rodeado de los ministros de la religion, que le exortan, y como un cadáver ambulante espuesto á la vista de un pueblo inmenso; pero como el objeto principal del

castigo es prevenir el crimen, y no el afligir al que le cometió, es de temer, que acortando la duracion de aquel espectáculo terrible y horroroso, se disminuya la impresion que él produce en los espectadores, sola razon, que en nuestro concepto pueden justificar la aplicacion de la pena de muerte, y solo resultado útil que esta puede producir.

El dia 8 de Febrero del año 1756, se habia colocado este aparato fatal en la plaza de que acabamos de hablar; y desde muy temprano por la mañana esta se hallaba llena de diferentes grupos de gentes cuyas miradas se dirigian hácia la horca con aquel aire de satisfaccion que inspira el deseo de una justa venganza.

La historia del hecho, que habia ocasionado la condenacion del criminal, cuya egecucion esperaba el pueblo, es algo larga, pero es necesario referir á lo menos sus acontecimientos principales, pues ademas del interés que presentan, aun para los que han oido hablar de este caso, son indispensables para la inteligencia de los sucesos subsiguientes.

Aunque el contrabando destruye las bases del gobierno, disminuyendo sus rentas, causa incalculables perjuicios al negociante honra-

do, y corrompe el corazón de los que le practican: sin embargo, ni el bajo pueblo, ni las gentes de una condicion mas elevada le miran como un gran crimen. En los condados de Escocia, en donde es mas comun que en lo restante del reino, los habitantes mas esforzados y mas inteligentes, se dedican á este tráfico con la mayor actividad, y aun se hallan secretamente favorecidos por los grandes arrendadores y propietarios que viven en el campo. En tiempo de Jorge I y Jorge II, el contrabando era comun y general en Escocia; pues no estando el pueblo acostumbrado á los impuestos que miraba como atentatorios á sus antiguas franquicias, no hacia escrúpulo en eludir su pago por todo los medios posibles.

El condado de Fife rodeado por dos brazos de mar al Sur y Norte, y por el grande Occéano al Est, y con un gran número de puertos en sus dilatadas costas, era uno de los puntos en los que se hacia con mayor suceso; habia ademas en él muchos marineros, que habiendo sido bucaneros en su juventud, eran otros tantos aventureros emprendedores, que se dedicaban á lo que ellos llamaban el comercio. Entre estos el que mas llamaba la atencion

de los empleados en las aduanas, era un tal Andres Wilson, que habia sido panadero en la aldea de Pathéad. Este era un hombre forzado y valiente, de una robustez extraordinaria, que conocia perfectamente todos los puntos de la costa, y era capaz de conducir las empresas mas arriesgadas: habia burlado muchas veces la vigilancia de los empleados de la aduana, pero éstos le seguian los pasos tan de cerca, que al fin le interceptaban varios contrabandos, de cuyas resultas quedó arruinado.

No teniendo nada que perder, y mirándose como robado, resolvió usar de represalias como se presentara la ocasion. La de hacer mal no tarda jamas á presentarse al que la busca. Wilson supo un dia que el recibidor de las aduanas de Kirkaldy habia ido á recoger los fondos de las cajas de su distrito, y que se hallaba en Pittenweem con una suma bastante considerable. Aunque esta no llegara ni con mucho al valor de los géneros que le habian sido aprendidos, sin embargo formó el proyecto de ampararse de ella para indemnizarse á expensas del recibidor y del gobierno, de las pérdidas que habia sufrido; y para ello se asoció con un tal Robertson y con otros dos, que

ejercian la misma profesion de contrabandistas, y á quienes logró hacer ver su empresa bajo el mismo punto de vista de represalia que la veia el mismo. Los cuatro forzaron la puerta de la casa en que vivia el recibidor, Wilson y dos de sus compañeros subieron á su cuarto, mientras que Robertson se quedó á la puerta con el sable en la mano para impedir que nadie entrase á socorrerle. El recibidor acababa de acostarse, y no tuvo mas remedio que escaparse en camisa por una ventana. Wilson no encontró dificultad en apoderarse del dinero, pero mientras que él se entretuvo en buscarle, el recibidor habia dado la alarma, y un destacamento de infanteria, que acudió al momento, logró prender á Wilson y á Robertson, los cuales fueron juzgados y condenados á muerte.

Muchas gentes imaginaron que en atencion á que aquellos infelices habian mirado bajo un falso punto de vista el crimen que acababan de cometer, no serian condenados á la pena capital; pero el gobierno juzgó que era ya necesario un ejemplar de severidad. Sin embargo, cuando se tuvo la certeza de que la sentencia se llevaria á egecucion, algunos amigos

hallaron arbitrio para hacer pasar á los encarcelados una lima, con cuyo medio cortaron uno de los barrotes de hierro de la reja que habia en la ventana de su encierro, y seguramente se hubieran escapado los dos, sin la tenacidad de Wilson, cuyo carácter altivo no cedia jamas la preferencia á nadie. Su compañero Robertson, jóven y de un tallé mas delicado, propuso pasar el primero y ensanchar la brecha por la parte de fuera, para facilitar la salida de Wilson, que era mas robusto y mucho mas grueso; este no quiso acceder á la proposicion de su compañero, y se empeñó en salir el primero; pero al pasar por la abertura se quedó de tal modo prendido entre los demas barrotes de la reja, que le fue imposible ir ni adelante ni atras, en términos, que habiendo sido descubierta por este medio su tentativa de evasion, el carcelero tomó todas las medidas posibles para que no la intentasen otra vez.

Robertson tuvo la prudencia de no hacer ningun cargo á su compañero Wilson; pero este se los hacia á si mismo, pues sabia que sin él Robertson no hubiera cometido el delito por el que se hallaba condenado á muerte

y que sin su pertinacia en querer pasar el primero, se hubiera escapado facilmente de la cárcel. Los caracteres como el de Wilson, aunque ocupados sin cesar de proyectos criminales, son algunas veces susceptibles de generosidad; Wilson la tenia, y desde aquel momento no se ocupó mas que en buscar los medios de salvar la vida de su compañero, sin pensar en la suya. El plan que trazó para lograrlo y el modo como lo ejecutó son tan delicados como extraordinarios.

Cerca de la cárcel de Edimburgo hay una Iglesia, que á causa de su proximidad á este edificio, se llama la Iglesia de la cárcel. Segun la costumbre de aquel tiempo el domingo último, anterior al dia señalado para la egecucion de alguna sentençia de muerte, se conducian á dicha Iglesia los reos, para que asistiesen por la última vez á las rogativas públicas, pues se suponía que el corazon de aquellos infelices, por endurecidos que estuviesen en el mal, no podria menos de compungirse hallándose por la última vez reunidos con sus semejantes para ofrecer sus homenages al Altísimo, y se creia igualmente que la vista de unos hombres que debian compa-

recer dentro de poco ante el terrible tribunal de la divina justicia, inspiraría al resto del auditorio reflexiones saludables: sin embargo, esta costumbre cesó de observarse desde el lance que vamos á referir.

Los dos reos Wilson y Robertson habian sido conducidos el domingo último á la Iglesia y se hallaban sentados en un banco, destinado á este efecto, sin grillos ni cadenas, pero colocados cada uno entre dos soldados de la guardia de la ciudad, encargados de custodiarlos. Concluida la rogativa, el párroco pronunció un discurso patético acomodado á las circunstancias, pero cuya mayor parte se dirigia á los dos reos. Entre otras cosas les dijo, que todos los hombres estaban condenados á la muerte, pero que ellos tenian sobre los demas la ventaja de saber el momento fijo en que debia egecutarse esta terrible sentencia; y que en su vista debian aprovechar lo poco que les quedaba de vida para merecer por su arrepentimiento la clemencia del Todopoderoso. A estas espresiones se notó que Robertson derramaba algunas lágrimas, pero Wilson parecia concentrado en sí mismo segun era natural en un hombre de su carác-

ter. Cuando se concluyó el sermón y el párroco dió la bendicion de costumbre, todo el mundo se dispuso á salir de la Iglesia, y todos miraban con sentimiento y compasion á los dos reos, sin duda por no creer tan grave su delito. Estos se levantaron igualmente que los cuatro soldados que les guardaban; pero de repente, y sin que nadie lo pensase ó pudiese preveerlo, Wilson, que era un hombre robusto y vigoroso, coge por el cuello de la casaca á los dos soldados que estaban á su lado, y grita á Robertson: ¡salvate Geordy! y arrojándose al mismo tiempo sobre otro soldado le asió con los dientes por una manga, y le detiene. Robertson quedó al principio inmovil, como los demas espectadores; pero vuelto inmediatamente en sí, y oyendo otras voces que le decian que se salvase, derriba de un empellon al cuarto soldado, y saltando por encima del banco se confundió entre la muchedunbre, entre la que no hubo nadie que quisiera, deteniendo á un desgraciado, privarle del último recurso que le quedaba para evitar la muerte: de esta suerte salió de la Iglesia, y se ocultó en términos, que dejó burladas todas las pesquisas y di-

ligencias que se hicieron para encontrarle.

La intrépida generosidad que Wilson había manifestado en aquella circunstancia, aumentó la compasión que inspiraba ya con anticipación su desgraciada suerte; el espíritu público, cuando no está prevenido, se declara ordinariamente por la humanidad: todo el mundo admiraba la conducta de Wilson, y todos se alegraban de la evasión de Robertson. Este sentimiento era tan general, que bien pronto se esparció por toda la ciudad un rumor sordo de que se salvaría á Wilson á viva fuerza al momento de la ejecución de su sentencia. Los magistrados creyeron propio de su deber el tomar medidas que asegurasen el respeto debido á las leyes, é hicieron poner sobre las armas una compañía de la guardia de la ciudad mandada por el capitán Portews. Como el carácter de este jefe tuvo una grande influencia en los sucesos que vamos á referir, creemos necesario decir algo de él, así como del cuerpo que se hallaba bajo sus órdenes.

El capitán John Portews, nombre memorable en la historia de Edimburgo, como en los registros del tribunal criminal de aquella ciudad,

era hijo de un artesano, que no tuvo otras miras con respecto á él, que las de hacerle aprender su oficio; pero este jóven tenia tanto gusto por la disipación, como aversión al trabajo; y huyendo de éste, abandonó la casa paterna, se dirigió al continente, y tomó partido en la legion escocesa que estuvo tanto tiempo al servicio de la Holanda. Allí aprendió la disciplina militar, y obtuvo un grado; y cuando en 1715 regresó á su patria, los magistrados de Edimburgo le encargaron en aquel año de tantos trastornos, organizase la guardia de la ciudad, de la que le nombraron capitán. Sin embargo, no obtuvo esta distinción sino con favor de sus conocimientos militares y de su carácter osado é intrépido, pues por lo demás, pasaba por un hombre de mala conducta, por un hijo desnaturalizado y un marido brutal: con todo, había sido útil en su puesto, y en efecto era el espanto de los alborotadores, y de todos los que se atrevían á alterar la tranquilidad pública.

El cuerpo que mandaba, se componia de ciento veinte hombres con uniforme, y pagados regularmente. Estos eran la mayor parte soldados antiguos, que tomaban partido en

aquella compañía, porque los días que no estaban de servicio, podían trabajar en algún oficio. Sus atribuciones eran conservar el orden, impedir los robos en las calles, y patrullar en las ocasiones en que pudiera temerse algún alboroto. Cuasi todos ellos eran naturales de las montañas de Escocia, y como lo hemos dicho, habían ya servido. Es fácil, pues, de comprender que ni su carácter ni sus antiguas costumbres, les ponían en el caso de soportar con paciencia los insultos de la canalla, de los estudiantes, y de las gentes perdidas de que se hallaban rodeados continuamente. Un choque con estos veteranos, era una de las diversiones favoritas del bajo pueblo, los días de fiesta ó de ceremonia: y muchas gentes que leerán estas páginas, podrán sin duda acordarse de haber sido testigos de semejantes escenas. Pero este cuerpo respetable puede mirarse ya como no existente: se ha ido disipando gradualmente como los cien caballeros del rey Lear, pues que los magistrados se han hecho sucesivamente las reflexiones siguientes: ¿Para qué queremos estos ciento veinte hombres? ¿Para qué queremos ciento? ¿Para qué queremos ochenta? ¿De qué nos sirven? Sin embargo, se ven aun

pasearse por aquí ó por allá algunos espectros con cabellos blancos encorvados por la edad, con un sombrero de tres picos de una forma antigua, guarnecido con una cinta blanca de hilo, á manera de galon de plata, y cuya mano seca y arrugada, puede apenas sostener una arma que se reduce á un palo, en cuyo extremo se halla enclavado un hierro en forma de hacha. Tal es la especie de fantasmas que se ven rodar al pie de la estatua de Carlos II en la plaza del parlamento, como si la imagen de un Estuardo fuese el único asilo que hallasen hoy nuestras antiguas costumbres.

Sea de esto lo que quiera, en la época de que hablamos el capitán Portews daba mucha importancia al honor del cuerpo que mandaba; por lo mismo sintió infinito la afrenta de que Wilson habia cubierto á los soldados que le guardaban, facilitando la evasión de Robertson, y manifestaba del modo mas violento su resentimiento contra él: pero cuando oyó hablar de los temores que se tenían de que se escapase en el momento de la ejecucion, su furor no tuvo limites, y prorumpió en amenazas y ejecuciones, que desgraciadamente quedaron demasiado impresas en la memoria de los que las oye-

ron. Con este motivo, recibió con el mayor placer las órdenes de los magistrados de prestar mano fuerte á la egecucion de la ley el dia del suplicio de Wilson, y no dejó de poner sobre las armas toda su fuerza disponible que constaria de unos ochenta hombres, los que formó en la plaza de Grassmarket.

Los magistrados tomaron aun otra precaucion, y fue requerir á un regimiento de infanteria de linea que se hallaba acantonado en las inmediaciones, que entrase aquel dia en la ciudad y se formase en batalla, no en el lugar de la egecucion, sino en la calle principal, á fin de intimidar al pueblo desplegando una fuerza, á la que no podia pensar en resistir. El amor propio de Portews se halló ofendido con esta medida, y no pudo ver sin furor que una tropa inglesa marchára á tambor batiente por las calles de una ciudad, en cuyo recinto ningun otro tambor que el suyo tenia derecho de hacerse oír, sin la requisicion ó permiso de los magistrados. Como no podia espletar su furor contra esta tropa, su rabia contra Wilson y sus cómplices no hizo mas que aumentarse, y así deseaba interiormente que hubiese alguna comocion para entregarse al placer de la venganza.

Esta agitacion interior, produjo una mutacion tan grande en su fisonomia, que la conocieron todos los que le vieron en la mañana de aquel dia. Portews sin ser un bello hombre, tenia un exterior bastante gracioso; era de mediana estatura, bien hecho, ligeramente pintado por las viruelas; tenia los ojos azules, su mirar amable y su aire tranquilo. Aquella mañana parecia como poseido por alguna furia: sus pasos eran inciertos, su voz ronca, su rostro pálido, su mirar distraido y sus discursos sin orden ni concierto en sus ideas: en fin, muchas gentes observaron despues que tenia el aire y el aspecto de un *Fey*; espresion de que se valen los escoceses para manifestar un hombre arrastrado ácia su fin por una fuerza irresistible.

Es preciso confesar, que empezó el ejercicio de sus funciones por un rasgo de una grande inhumanidad, sino ha sido exagerado por el ódio que aun se conserva de su memoria. Cuando el carcelero le entregó á Wilson para ser conducido al lugar de la egecucion, no se contentó con tomar las precauciones de estilo para que el criminal no se escapase, sino que mandó que se le pusiesen esposas en las manos.

Esta precaucion podia disculparse, en atencion al carácter y fuerza del culpado, y del temor de que el pueblo hiciese algun movimiento para salvarle. Las esposas que le trageron eran demasiado estrechas; pero en vez de pedir otras mas proporcionadas á la robustez del paciente, se empeñó en ponerle aquellas, empleando todas sus fuerzas para colocarlas, de modo que si logró este efecto, fue haciendo sufrir al paciente un cruel tormento. Wilson reclamó contra este acto de barbaridad, y le hizo presente que el dolor que le hacia sufrir, le impedia entregarse á las serias y santas reflexiones que exigia su situacion.

-- Bueno, bueno, respondió el capitan; tus dolores no durarán mucho tiempo.

-- Sois un bárbaro, le contestó Wilson; no sabreis si vendrá un dia en que os veais en el caso de reclamar vos mismo en vuestro favor la piedad, que hoy me rehusais. ¡Dios os lo perdone!

A estas cortas palabras se redujo toda la conversacion que medió entre el capitan y su prisionero, durante la marcha tenebrosa de éste; pero habian sido oidas de varias gentes, y esparciéndose entre el pueblo, aumentaron el

interés que todos tenian por Wilson, y escitaron una indignacion general contra Portews, que llenando siempre con el mismo vigor y la misma dureza las funciones de que se habia encargado, se habia atraido el ódio universal algunas veces con justo motivo, y con mas frecuencia por la siniestra prevencion con que se le miraba.

Cuando Wilson, con la escolta que le acompañaba llegó al pie del cadalso, no se manifestaba sintoma alguno de insurreccion: el pueblo veía aquel espectáculo con mas emocion, con mas interes que de ordinario: era fácil distinguir en el rostro de muchas gentes un descontento manifesto, una indignacion sombría, pero la tranquilidad no fue alterada. Wilson mismo parecia resignado á su suerte; y despues de una breve oracion, pidió que terminasen su suplicio, y la sentencia pronunciada contra él fue egecutada.

Hacia ya mas de media hora que Wilson estaba pendiente de la horca sin dar ya ninguna señal de vida, cuando de repente se manifestó una agitacion en el pueblo, que le puso todo en comocion: este tiraba piedras á Portews y á sus soldados, rodeándoles por todas

partes, y dando gritos de furor. En este momento, un jóven que llevaba un gorro de marinerero que le cubria la mitad de la cara, se arroja al cadalso y corta los dogales de que está aun pendiente Wilson; varios de sus compañeros que le seguian se apoderaron del cadáver, bien fuese para hacerle los honores fúnebres, ó con ánimo de restituírle á la vida, y desaparecieron.

Este acto de rebelion contra la autoridad del capitán Portews, le llenó de tal manera de rabia, que se olvidó que habiendo sido encargado solamente de velar y contribuir á la egecucion de la sentencia, hallándose ésta egecutada, no le quedaba mas que hacer que retirarse con su tropa, sin llegar á hostilidades con el pueblo. Ciego de furor, mandó á sus soldados que hiciesen fuego, y tomando el fusil de uno de ellos, les dió con la orden el ejemplo matando á un hombre en la misma plaza: á este tiro se siguió una descarga general, de la que resultaron siete ú ocho muertos, y un gran número de heridos mas ó menos gravemente.

Despues de este acto de violencia, el capitán se retiraba con su tropa al cuartel, pero como el pueblo le siguiese arrojándole piedras,

y llenándole de execraciones, hizo hacer alto á su tropa, y una segunda descarga de ésta dissipó la muchedumbre. No consta como cosa cierta que hubiese dado la órden para hacer fuego la segunda vez, pero se supuso así, y todo lo odioso de esta accion recayó sobre él. Al llegar al cuartel despidió á sus soldados, y se dirigió al ayuntamiento para dar cuenta á los magistrados de lo que acababa de ocurrir.

En el camino tuvo tiempo de reflexionar sobre su conducta, y tal vez le ocurriría que nada podia justificarla; pero se convenció del todo por el modo con que le recibieron los magistrados, que estaban ya enterados de todo. Negó que hubiese dado la órden de hacer fuego, y que hubiese tirado el primero sobre el pueblo; y para probar este último punto, hizo examinar su fusil, que se encontró aun cargado, y habiendo introducido un pañuelo blanco por el cañon, no presentó al sacarle ninguna mancha: pero varios testigos depusieron que habia tirado con el fusil de un soldado á quien lo devolvió despues, y todos los soldados declararon que habian hecho fuego por su ordea. Entre las personas muertas ó heridas, se

hallaban muchas que no pertenecian á la infima clase del pueblo; pues muchos soldados habiendo dirigido sus tiros por un sentimiento de humanidad por encima de las cabezas de los amotinados, las balas vinieron á dar sobre los balcones ó las ventanas del piso principal de las casas de enfrente, en los que desgraciadamente se encontraron sujetos de un carácter distinguido, que fueron inmolados: con este motivo, el clamor público fue general, y el capitán Portews fue entregado al supremo tribunal de justicia.

La fermentacion se hallaba aun en el mas alto grado, y el tribunal de jurados se vió con el penoso encargo de pronunciar en un negocio, en que se trataba de la vida de un hombre, y que ofrecia datos enteramente contradictorios. Varios testigos respetables, deponian que ellos habian oido al capitán dar la orden á sus soldados de que hiciesen fuego; que le habian visto tomar el fusil de uno de éstos, y tirar sobre un hombre, que inmediatamente cayó muerto: otros decian que se hallaron en parage que podian ver y oír al capitán,

y que ni le habian oido dar la orden de hacer fuego, ni le habian visto tirar, y que el primer tiro le disparó un soldado que estaba á su lado. Una parte de su defensa, giraba sobre la actitud amenazadora del pueblo; pero las declaraciones sobre este punto, no eran menos contradictorias.

Segun unos, la insurreccion tomaba un carácter alarmante, que exigia se reprimiese inmediatamente: segun otros, aquello no fue mas que una comocion sin consecuencias, como se veia todos los dias de egecucion, en los que el verdugo y los que estaban encargados de auxiliar á la justicia, eran acosados por los gritos é imprecaciones del bajo pueblo, y aun algunas veces recibian algunas pedradas. A pesar de esto, la declaracion de los jurados fué, que el capitán Portews habia dado la orden de hacer fuego, y le habia hecho él mismo sobre el pueblo; pero que en atencion á que habia sido provocado por las piedras que con anticipacion habian sido arrojadas contra él y su tropa, le recomendaban á la real clemencia.

El supremo tribunal de justicia, le condenó á ser ahorcado en la plaza ordinaria de las egecuciones, y le confiscó los bienes, conforme á las leyes de Escocia, en caso de homicidio voluntario.



CAPITULO II.

El dia ocho de setiembre de 1736, debía egecutarse la sentencia pronunciada contra el capitan Portews: el lugar de la egecucion, aunque vasto y espacioso, estaba tan lleno de gentes que estas se sofocaban; lo mismo sucedia en todas las calles por donde debia pasar el reo: apenas habia ventana que no estuviese guarnecida con una tripe fila de espectadores. La altura y el aire de antigüedad de las casas mismas, que en gran parte habian pertenecido en otro tiempo á los templarios, y á los caballeros de san Juan, y conservaban aun sobre sus fachadas la cruz de hierro de estas órdenes, contribuian á hacer aquella escena mas funesta y respetable. La plaza de Grasmartek parecia un gran lago cubierto de cabezas humanas, en medio del cual se levantaba el cadalso del que pendia la cuerda fatal. El interés que inspira un objeto es proporcionado al uso que